

# MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIODICO MENSUAL PINTORESCO.



SEGUNDA SERIE.—1864.

Fiestas religiosas de la infancia.

AÑO XXII. 1



## LAS FESTIVIDADES RELIGIOSAS DE LA INFANCIA.

Por uno de esos contrastes que tanto agradan á nuestra singular naturaleza humana, experimentamos en los meses de verano cierto placer en recordar las festividades de invierno. En efecto, fuera de las Pascuas y del mes de María, en los meses de invierno es cuando se celebran todas las festividades de la infancia.

San Nicolás, el patron de los jóvenes, es honrado el 6 de diciembre. También es el patron del Oriente y de la Rusia, y representa el cristianismo de aquellas regiones donde, para nosotros, nace el sol.

La festividad de Santa Catalina tiene lugar el 25 de noviembre; de Santa Catalina que, como ya hemos explicado en otra ocasion en nuestro *Museo de las Familias*, es la patrona de las doncellas y de las jóvenes; que, sin embargo, no quieren tenerla por patrona sino hasta cierta edad, para no ver en sí realizado el antiguo dicho, de que las que no se casan se quedan para vestir imágenes.

También las fiestas de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en las que los niños toman una gran parte, y la de los Santos Inocentes, que les corresponden exclusivamente, tienen lugar en el último tercio del mes de diciembre.

La fiesta de San Carlomagno, que se celebra principalmente en Francia, dista un mes de la Natividad, pues tiene lugar el 28 de enero. Carlomagno fué canonizado por un anti-papa, Pascual III, empero la Iglesia ratificó despues aquel juicio, y el que habia fundado en su palacio la primera academia que se vió en las Galias, fué con justo motivo proclamado patron de la universidad de Paris. Un célebre abogado cuenta, á propósito de esta festividad, una anécdota de la niñez muy notable. En el pequeño banquete que se celebra con este motivo, y en donde el vino muchas veces tiene razon á causa del antiguo adagio de *in vino veritas*, debía decir un discípulo de Ciceron un discurso en prosa latina, en vez de un discurso en francés, que debía pronunciar á la entrada del festin de los dioses. Instado por las súplicas de un amigo, y por su propia vanidad, resolvió hablar en público al fin de la comida, en medio del choque de los vasos por la espuma del vino de Champagne. Escribió un discurso lleno de alusiones lisonjeras á sus maestros y compañeros, y en el momento fatídico se levantó hinchado de orgullosa timidez. Buscó con su mano en el bolsillo el manuscrito y..... ¡horror! el manuscrito no estaba allí, y lo peor era que no lo habia aprendido de memoria. Al mismo tiempo se levanta al otro lado de la mesa otro discípulo y lee un discurso en español, e cual hizo bostezar á todos considerablemente, pero que llenó de admiracion y doble horror á nuestro incipiente orador cuando notó que aquel manuscrito era el suyo. ¿Cómo y cuando aquel joven le habia espoliado su precioso trabajo? No lo supo jamás, pero aquella sustraccion produjo sus frutos, pues por evitar otro lance vergonzoso se dedicó á estudiar profundamente el arte oratorio y consiguió ser un buen orador.

La *sensacion* solo es un medio para conocer las verdades que están á la vista de un ciego, y los sentidos, sus ineptos lazarillos, no tienen mas guia que su apetito ni mas

fin que su ahítamiento. El tacto me da grima, el olfato me mareja, el gusto me repugna, el oído me aturde, y los ojos... ¡Ah! sí, admito esas *ventanas del alma* como uno de los medios *materiales* para llegar á conocer á Dios. ¿Cómo? ¡Mirando, nada mas que mirando!...

*Pensamientos de CAMPOAMOR.*

## EL BODEGON DE LA CADENA.

(TRADICION MADRILEÑA.)

Pedro de Castilla, á quien  
Llama el sábio Justiciero  
Y el ignorante Cruel.

(CALDERON.—*Las tres justicias en una.*)

### I.

Una noche oscura y tormentosa de principios del año de 1361, dormian descuidados los vecinos de la villa de Aguilár de la Frontera, cuando el ruido inesperado de añafles y atambores acompañado del grito de guerra de los sarracenos, *guallad* (por Dios) vino á turbar su dulce sueño castigando su excesiva confianza en la buena fè musulmana.

A pesar de las solemnes treguas y amistad jurada, el emir de Granada Abu-Said, á quien nuestros historiadores llaman el Bermejo, aprovechando la coyuntura de hallarse en guerra con Aragon el monarca castellano, rompió por tierras del reino de Córdoba y cogiendo desapercibidas las poblaciones, por do quier paseaba sus banderas á guisa de triunfador, cautivando las personas y entregando al pillaje las haciendas, sin que hubiese poder organizado capaz de contrarestar el suyo.

Los escuadrones moriscos fueron los únicos mensajeros que dieron noticia de su invasion á los infelices habitantes del pueblo de que vamos tratando, el ruido de sus puertas derrumbadas la primer noticia de su acometida, y el incendio de sus habitaciones la luz que alumbró su entendimiento para conocer su desdicha.

Aposentado el enemigo de rebato en las principales calles y plazas, dueño de la cava y rastrillo, únicamente en contraba resistencia en tal cual edificio, cuyos dueños, mas animosos ó menos conformes en someterse al cautiverio, luchaban en vano contra su mala estrella.

En este número se contó un caballero de escasa fortuna, natural de Madrid, aunque oriundo de Andalucía, recién venido á la villa con objeto de recoger el último suspiro á un hermano suyo, ya entrado en años, y la cuantiosa herencia del difunto otorgada en testamento público á favor de su hijo, niño de poca edad, que trajo consigo el forastero como postrer consuelo y á solicitud del tío, de quien era querido en extremo.

Apenas Ivan Ramírez, que así se llamaba el madrileño, conoció por los alaridos y tumulto que los infelices eran dueños del pueblo, arrojóse de la cama, y desabrigado de ropa, corrió á despertar al pequeño infante que en un aposento inmediato reposaba, y malvistiéndole apresurado cogióle en sus brazos y corrió á ganar la puerta de la calle, donde ya á su llegada un arraaz seguido de gran número de agarenos daba desaforados golpes á fin de franquear la entrada, esperando, visto el buen aparato de la casa, encontrar en ella abundante cebo á su codicia.



Hallando interceptada la salida, volvió piés atrás Ramírez con su preciosa carga en busca de un postigo que daba al campo, pues el edificio era de los últimos de la población, y encontrando al paso á un cercano deudo, á quien daba mesa y hospedaje desde la muerte de su hermano, corriendo desatentado sin saber donde, aumentando la confusion que reinaba en toda la casa, trabóle de un brazo, y procurando calmar su turbacion, le dijo:

—Cobra aliento, Gracian; la salida del campo está libre si te apresuras á tomarla; monta en el caballo, que está descansado y es corredor, y huye con mi hijo camino de Écija, que yo me quedo á defender el paso el tiempo suficiente para que te pongas en salvo.

Una siniestra alegría brilló en el semblante del fementido pariente al escuchar tal propuesta.

—Sí, yo le salvaré, dijo, os lo aseguro por mi vida; es una prenda muy preciosa para que me la deje arrebatár fácilmente.

El movimiento infernal que animó su rostro, pasó desapercibido para Ivan preocupado por los acontecimientos del momento, le entregó el tierno niño, y embrazando una adarga que allí cerca colgada estaba, corrió armado lo mejor que pudo á colocarse en un tránsito que conducía á lo interior de las habitaciones. Desde allí, apoyado en el alféizar de una ventana, al mismo tiempo que oía saltar la puerta hecha pedazos, vió á Gracian á través de la oscuridad salir por los campos á toda rienda sosteniendo á su hijo contra el pecho.

A esta sazón los mahometanos, forzada ya la entrada é iluminados por teas encendidas, que así servían para alumbrar sus pasos como para propagar el incendio, esparciéndose por todas partes llegaron al sitio donde Ivan, con resuelto continente, se proponía detenerles en su hasta entonces desembarazado camino.

Mas estraneza que cólera les causó la presencia de aquel hombre desesperado que tan temerariamente se les oponía, y no queriendo sostener una lucha arriesgada, aunque no dudosa, con tan determinado adversario, por una presa que ya contaban por suya, trataron de ofenderle de lejos sin exponerse al alcance de su acero, arrojándole cuanto pudiesen haber á la mano.

El espacio era estrecho, los enemigos muchos, así es que el desventurado Ivan, blanco seguro de sus tiros, peleando al descubierto, ofendido sin tener medios de defensa, no tardó en caer trastornado de un astillazo lanzado con certero tino que vino á herirle en la frente.

Entradas á saco las habitaciones, fué recogido aun privado de sentido y trasladado á la plaza pública, donde recorrió el conocimiento y vió la luz del nuevo día en union de otros muchos compañeros de infortunio, que aprisionados por los infieles, fueron sacados de la villa al ser abandonada por estos y vendidos á los mercaderes judíos, que esperanzados de abundante lucro, seguían la marcha del ejército expedicionario. Conducido al puerto de Málaga pasó á poder de unos tratantes de Fez, á cuyo punto fué conducido, y donde le dejaremos en cautiverio hasta sazón mas oportuna.

## II.

Descansadas holgaban las huestes agarenas en los feraces campos de Córdoba y Sevilla, tan provistas de abundantes vituallas como agenas de pensar que clase alguna de

enemigos pudiese irles á la mano en las cuantiosas exacciones de dinero, ropas y alhajas, impuestas por ellos á los pueblos de las ricas comarcas que ocupaban, cuando vino á turbar su dichosa bienandanza la nueva de que el rey don Pedro I, ajustadas paces con el de Aragon, á costa de renunciar á todas sus conquistas, y cuando amenazaba á Zaragoza, caminaba á toda prisa la vuelta de sus Estados al frente de las aguerridas mesnadas castellanas é irresistible caballería de las Ordenes militares, acompañadas de multitud de carros cargados de aprestos y máquinas de guerra.

Atendido el carácter violento del monarca cristiano y el gran poder de que disponía, no se le ocultó al emir granadino que era llegado el caso de pagar con usura los desmanes cometidos por él en tierras de Andalucía, si no se apresuraba á recoger sus fuerzas y emprender la retirada, evitando choque alguno decisivo con su justamente irritado adversario, cuya cólera nunca se hubiera atrevido á provocar á no verle empeñado en guerra con el reino aragonés.

Por otra parte, el legítimo rey de Granada Mohammed V, destronado traidoramente por Abu-Said y obligado á salir fugitivo de su capital disfrazado con ropas y atavíos mujeriles, gracias á la industria de una linda esclava, á quien tenía entregado su corazón, había conseguido llegar vivo á Guadix, donde fué aclamado como soberano. Allí supo la desastrosa muerte dada por el usurpador á dos hermanos suyos, cuyas cabezas fueron cortadas por los feroces soldados y asidas por los cabellos arrastradas á través de las calles, dejando sus cuerpos insepultos sin que nadie fuese osado á recogerlos.

Siempre fiel aliado del monarca de Castilla, le mandó mensajeros recordándole su buena amistad é instándole en nombre de la justicia á que le ayudase á recuperar su reino, prometiéndole por lo que á él tocaba, rendirle homenaje ayudándole con todo su poder en cuantos empeños acometiese.

Reunidos en Ronda ambos monarcas, invadieron los Estados que reconocían la autoridad del rey Bermejo, y rechazados delante de Antequera, á la que sitiaron inútilmente, llevaron la tala y devastación por los términos de Archidona y Loja hasta acampar en la vega de Granada.

No acobardó al arrogante Abu-Said verse amenazado de tan deshecha tormenta, antes bien decidido á conjurarla ó morir en la demanda, ajustada alianza con los aragoneses, salió en la llanura al encuentro de sus enemigos donde se empeñó un encarnizado combate, que si bien de pocas consecuencias, era el preludio de otros mas terribles. Pero afligido el buen Mohammed de los estragos que los cristianos causaban en las tierras de sus vasallos de otro tiempo, suplicó á don Pedro desistiese de dirigir en persona aquella empresa, pues mas quería vivir siempre en humilde condición, que subir al trono causando á sus pueblos tales danos.

Puestos de acuerdo en este punto, retiróse don Pedro á Sevilla y Mohammed á Ronda, perdiendo así mucha parte de su actividad la guerra que con varia fortuna sostenían en la frontera de Granada los caudillos cristianos.

No tardó en encontrar su recompensa el noble y humano proceder del honrado Mohammed. La populosa é importante ciudad de Málaga le proclamó por su emir, y los mas decididos parciales del usurpador, desamparaban su causa, acogiéndose sin recelo á la reconocida clemencia del legítimo soberano.



Viéndose abandonado de la fortuna y sin derecho en que apoyar su causa, en mal hora le ocurrió al atrevido Abu-Said la idea de acogerse al favor y amparo del rey castellano. Para esto, recogiendo sus mas preciadas joyas, sus mas ricas armaduras, sus caballos y alhajas de mas valor, con no pequeña cantidad de monedas de oro y plata, fuese á Sevilla acompañado de cincuenta de los principales magnates de su corte, y postrado ante don Pedro, hizo solemne protesta de arrepentimiento por haber quebrantado la amistad jurada entre ambos reinos y prometiendo observar no interrumpida tregua y vasallaje, siempre que el rey de Castilla tuviese á bien admitirle á su gracia, y concluyendo por rendirle párras de lo mas precioso que consigo traia. Admitiéndole éste con buen semblante, y sin darle contestacion definitiva, mandó tratar decorosamente á él y su séquito en tanto que determinaba lo mas conveniente.

No se hizo esperar su resolucion, que á fé que el hijo de Alfonso XI el *Pengador*, no pecaba de irresoluto. Aquella misma noche fueron convidados Abu-Said y los de su comitiva á un espléndido banquete en casa del maestre de Santiago, antes de terminar el cual entró en la sala el repostero mayor Martin Gomez de Córdoba con una compania de gente armada que aprisionaron al rey granadino y sus cortesanos conduciéndolos desde allí á las Atarazanas.

A los dos dias el rey Bermejo montado en un jumento, cubierto de un sayo colorado, espuesto á las afrentas del populacho y rodeado de treinta y seis de sus parciales era conducido al campo de Tablada. En él estaban preparados otros tantos pilares de madera cuantos eran los caballeros moros, que fueron amarrados en compania de su señor alentándose mutuamente á sufrir la muerte con valor, repitiendo estas palabras del Corán: *Dios disponga*, resumen del fatalismo mahometano.

Un gran tumulto y vocerío difundido entre la multitud que llenaba todo el campo, anunció algun acontecimiento imprevisto: era el rey don Pedro que á toda rienda corría hácia los sentenciados, seguido de sus guardias y ballesteros.

Sin aflojar el paso llegó al frente del desgraciado aunque perverso Abu-Said y atravesándole el pecho de una lanzada, le dijo: *Toma esto, por cuanto me hiciste hacer mala pleitesia con el rey de Aragon en perder el castillo de Ariza.*—*Oh Pedro*, contestó el herido musulman, *qué torpe triunfo alcanzas hoy de mí! qué ruin cabalgada hiciste contra quien de tí se fiaba!*

Apenas pronunció estas palabras le remataron los ballesteros, sufriendo igual suerte los demás sarracenos, cuyas cabezas fueron cortadas y puestas unas sobre otras para que fuesen vistas desde la ciudad.

Lamentable acontecimiento que quisiéramos borrar de nuestra historia, pues en verdad es horrible espectáculo ver á un monarca tomar venganza personalmente de su enemigo, por criminal que este sea; si bien, puede servir de alguna disculpa al rey castellano, la consideracion de que no hay hombre de tan elevado espíritu que consiga hacerse superior á la influencia de las ideas y costumbres dominantes en su época, y aquella era tan ruda, que entre sus antecesores, como en las crónicas contemporáneas de los países extranjeros, podía citar don Pedro repetidos ejemplos de soberanos que por causas mucho mas livianas se abandonaron á un proceder igual al suyo.

Corrió la noticia de la desastrosa muerte del usurpador,

y llegando á Málaga recogió en extremo á Mohammed, que aun reprobando el hecho en sí mismo, se dispuso á aprovechar sus consecuencias apresurando su partida á Granada, donde entró sin oposicion acompañado de la nobleza mas encumbrada del reino.

No bien repuesto en el trono mandó embajadores á su amigo el de Castilla, dándole gracias por su ayuda y renovando la antigua alianza entre ambos establecida, y como prueba de su deseo de conservarla, mandó poner en libertad á todos los cautivos cristianos de su pertenencia y satisfacer del erario público el rescate de los que existiesen en poder de otros dueños, incluso los que hubiesen sido vendidos fuera de sus dominios por efecto de la injusta agresion de Abu-Said. Entre estos últimos se contaba el desgraciado Ivan Ramirez, á quien nos ha hecho abandonar por algun tiempo la necesidad de referir los sucesos anteriores, gracias á cuyo desenlace pudo saludar las playas españolas al cabo de un año de dura esclavitud en Africa.

Pero dejemos para el cuadro siguiente tratar con suficiente espacio y detenimiento de la persona de este buen caballero.

### III.

Caminaba Ivan Ramirez con paso vacilante agobiados sus hombros con el peso de la cadena que le habia aprisionado en las mazmorras de Fez, pues á ello le obligaba solemne voto hecho á Nuestra Señora de la Almudena de no abandonarla sino ante su altar, si le conducía con bien al seno de su familia en su querida villa nativa. Marchaba descalzo apoyado en el bordon de peregrino, recogiendo la limosna que le proporcionaba la caridad cristiana en las poblaciones que atravesaba; y en verdad que obró con acierto al fiarse en ella, porque en todo el curso de su romería no le faltó el preciso alimento ni un techo hospitalario donde reposar sus fatigados miembros. El sol meridional caía á plomo sobre su cabeza enervando su cuerpo, los estensos arenales hacian penosa su jornada, el furioso vendaval azotaba su rostro; mas al ver aquel hombre de barba crecida y descompuesta, de semblante grave y resignado, cruzado su pecho por la enseña del cristianismo, paciente en sus trabajos y guiado solo por su fé y confianza en la bondad divina, todos, aun en tierra de moros, se apresuraban á hacer mas llevadero su infortunio. Cuando el temporal arreciaba, el abrigo se mostraba lejano y los pies del caminante brotaban sangre heridos por los abrojos y asperezas del terreno, alguno solia decirle movido á compasion:

—Amigo: si vais lejos muy árdua tarea habeis emprendido segun estáis de maltratado; quedaos en la ciudad inmediata y pedid al señor obispo os dispense vuestro voto.

—Hermano, replicaba Ramirez, pertenecemos á una comunidad cuyo jefe está coronado de espinas ¿qué podemos esperar nosotros sino trabajos y desventuras? Aguardo, con el favor de Dios, llevar á feliz término mi promesa.

Entonces el pasajero se apresuraba á socorrerle segun sus medios, y descubriendo ante él humildemente su cabeza, cual si fuese á demandarle una gracia, le decia:

—Perdonad, hermano, y rogad por mí.

—Dios nos perdone á todos, contestaba el peregrino.

De este modo llegó á la villa de Aguilar, donde esperaba



encontrar á su hijo, con fiado en la terrible noche de la invasión musulmana á su pariente Gracian; mas su esperanza salió fallida: nadie había vuelto á saber de ellos; solo averiguó que su esposa, poco tiempo despues del fatal suceso, envió un mensajero encargado de informarse de la suerte de entrambos, el cual, no pudiendo adquirir en aquel pueblo noticia alguna, salió á recorrer los inmediatos con objeto de dar cumplimiento á la comision de que estaba encargado. Afogado Ramirez al saber estos pormenores, dióse prisa á poner en órden su pingüe hacienda y continuar la devota peregrinacion en los mismos terminos que la había emprendido, confiando que quizá al llegar á Madrid hallaria en él á su hijo, si acaso las activas diligencias de su esposa, empleadas en averiguar el paradero del niño no habían sido estériles.

Grandes contratiempos pusieron á prueba la constancia del rescatado antes de saludar las torres de la entonces humilde villa; mas al fin su planta llegó á hollar la puente toledana, no la magnífica y grande que hoy oprime las mansas aguas del Manzanares, sino la antigua construida con mal unidas tablas en el mismo paraje, poco más ó menos, que la actual.

Al verse en aquel sitio parecieron renacer sus fuerzas próximas á extinguirse. ¡Qué paisaje tan encantador se presentó á la vista de Ramirez! á sus pies el claro rio, mas abundante que en nuestros dias, segun acreditados autores; á la derecha frondosos vinedos y estensos olivares dirigian al santuario y hospedería de Nuestra Señora de Atocha; á la izquierda sobre enriscadas alturas se alzaba un espeso bosque de álamos y encinas tras el cual se ocultaba la humilde casa fundada por el Santo patriarca de Asís; á la izquierda dominando toda la comarca el antiguo alcázar morisco, mansion en la actualidad de don Pedro de Castilla, que hacia ejecutar en él grandes obras de reedificacion; á su lado el devoto y venerado templo de la Almudena, término de las fatigas de Ivan, y despues de todo, poco distante, en el arrabal de San Martin hacia la puerta de Santo Domingo, se pintaba en su acaalorada mente el hogar doméstico, donde rico y feliz esperaba encontrar puerto seguro en la borrasca deshecha que hacia tiempo corria.

A no encontrarse absorto en tan agradables ilusiones hubiera tambien llamado su atencion un hombrecillo vestido de negro, de ruin y mezquina catadura, sentado á la entrada del puente, y á quien ya había hallado otras dos veces en su camino, que apenas divisó al romero, con paso diligente desapareció entre los matorrales que guarnecian la ribera.

Sin parar atencion en tal incidente, pues no iba su espíritu para fijarse en pequeneces, se dirigió camino de la Vega á trepar la elevadísima cuesta que conducia á la puerta del mismo nombre. Sobre ella existia desde tiempo inmemorial, y aun se conserva hoy en un ángulo de la muralla, una hermosa imagen de Nuestra Señora á la cual era costumbre se encomendasen los viajeros que entraban ó salian en la villa por aquella parte, práctica que aun hemos visto observada por algunos montañeses de Asturias y Leon.

No quiso Ramirez pasar de largo omitiendo tan piadosa ceremonia; así que llegado al frente del reverenciado simulacro, puesto de rodillas y despues de besar humildemente la tierra, con voz acompasada y monótona entonó el siguiente romance, perteneciente al número de aquellos con que los

romeros solian escitar la piedad de los fieles en los campos y aldeas de su tránsito:

Dios te salve, Virgen pura,  
Esperanza del mortal,  
Consuelo del afligido,  
Salud en la enfermedad.

Oye la humilde plegaria  
Con que ensalza tu bondad  
Un miserable cautivo  
De su patria en el umbral.

Opreso por largo tiempo  
En las tierras del Islam  
El invocarte, María,  
Era mi único solaz.

A ti clamaba, señora,  
Cuando sin aliento ya  
El peso de la cadena  
No podia soportar.

Y allá en lejano horizonte  
Me figuré vislumbiar  
Tu dulce nombre en el cielo,  
Brillante estrella del mar.

Cobré entonces nuevo brio,  
Y con firme voluntad  
Un dia tras otro dia  
Luché con la adversidad,

Puesta siempre mi esperanza  
En tu amparo celestial,  
Madre de misericordia  
De la triste humanidad.

Héme por fin rescatado  
De hinojos ante tu altar.  
¡Oh Virgen clemente! ¡oh pia!  
Librame de todo mal.

Apenas había acabado su reverente cancion cuando una saeta disparada por traidora mano desde unos hojosos chopos que inmediatos estaban, vino á clavarse en la espalda del peregrino mostrando en el pecho la ensangrentada punta. Solo un agudo quejido exhaló el infeliz cayendo al suelo bañado en sangre. Inmediatamente salió de entre la arboleda el hombrecillo negro que hemos visto desaparecer en el puente y llegóse al herido seguido de otros tres rufianes con ánimo al parecer de registrarle; mas un lejano ruido de caballos que progresivamente se iba acercando les hizo desistir de su intento, volviendo á ocultarse á toda prisa en las espesuras inmediatas.

Y no engañó su malicia á los forajidos, pues al poco tiempo dejóse ver sobre el camino una lucida cabalgata con arreos y en traje de caza, á cuyo frente marchaba nada menos que el rey don Pedro I, que regresaba á su palacio de vuelta de correr un venado en los cercanos montes de Sumasaguas.

Caminaba la ilustre cuadrilla por la falda de la cuesta sin apercibirse de la reciente catástrofe, cuando uno de los lebreles que iban sueltos á la inmediacion del monarca, sin duda atraído por el olor de la sangre, puso la nariz al viento y á toda carrera subió á la cumbre donde se detuvo aullando lastimosamente al lado del cuerpo de Ivan, sacudiendo con insistencia la cadena que este llevaba en sus hombros.

Tan singulares demostraciones llamaron la atencion del soberano, que dirigiéndose á uno de los escuderos mas cercanos



—Id, ordenó, y ved que ha encontrado ese perro que tanto ruido mueve.

En el acto fué obedecido y de vuelta el jinete.

—Señor, dijo, es el cadáver de un peregrino que yace en tierra atravesado de una saeta.

Al escuchar su alteza estas palabras revolvió con despecho el caballo y corrió á examinar por sí mismo, seguido de los suyos, el lugar del suceso, por si era posible hallar algun indicio para descubrir el agresor ó prestar socorro á la infortunada víctima.

El aspecto de aquel hombre al parecer sin vida hizo hervir en las venas su ardiente sangre, y como buscando un objeto en quien descargar la cólera que revelaban sus espresivos ojos, prorumpió en las siguientes palabras encarado con su acompañamiento:

—¿Qué os parece, caballeros, del modo con que en mi buena villa de Madrid se recibe á los caminantes? Por el señor San Pedro, mi patron, que el rubor enciende las mejillas al considerar que tales bellaquerías se cometen á las puertas mismas del real alcázar.

—Señor, se atrevió á decir don Fernando de Castro, uno de los ricos-hombres mas favorecidos por el monarca, inmediatamente se practicarán las convenientes averiguaciones....

—Nadie averigüe nada, interrumpió el rey, que yo me encargo de ello, así evitaré el trabajo que tendria luego en examinar el proceder de los encargados de administrar recta justicia. Ea, don Pedro Lopez de Ayala, vos que sois tan entendido en todo, descabalgad y ved si el estado de ese infeliz permite darle algun auxilio.

Obedeció Lopez de Ayala y despues de reconocer minuciosamente al exánime Ramirez,

—Aun vive, señor, dijo: la saeta introducida en la herida ha impedido acabe de perder la sangre que aun le resta.

—Pues conducidle al alcázar y en él se le asista con interés. Que se adelante un escudero y aperciba á mi cirujano Josef, para que todo se halle prevenido á su llegada.

De vuelta en palacio se puso don Pedro á despachar los asuntos del dia como si nada nuevo hubiera acontecido, y resueltos los mas urgentes, pasó á visitar las obras de reedificación que ya hemos dicho habia emprendido, ocupando así el tiempo hasta la hora de sentarse á la mesa. Solo despues de alzados los manteles y dado agua á la barba y manos llamó á su médico para informarse de la salud del herido.

—Señor, le contestó el hebreo, no es su situación tan desesperada como al principio juzgué; espero ceda la inflamación á beneficio de los calmantes que le he administrado, para extraerle la saeta; si esta operación no se malogra habrá muchas esperanzas de salvarle.

—Necesito, sobre todo, que se halle pronto en estado de contestar al interrogatorio que trato de hacerle.

—Esta noche, antes de que al enfermo le ataque la fiebre que indudablemente debe sobrevenir, podrá vuestra alteza satisfacer su deseo.

Pocos momentos despues de este diálogo salia don Pedro por uno de los portillos del alcázar acompañado del famoso Juan Diente, capitán de sus ballesteros, y de otros dos individuos de la misma compañía. Embozados los cuatro en sendas capas se dirigieron al cubo de la Almudena, á cuyo pié se cometió aquella mañana el atentado contra el peregrino. Difundida la nueva entre la gente de los barrios inme-

diatos, se formaban corrillos y conjeturas acerca de la ocurrencia y no habia un transeunte que no se detuviese á contemplar la tierra tinta en sangre, ni que dejase de hacer disparatados comentarios que empezaban á cansar al disfrazado monarca, cuando vió venir al fúnebre hombrecillo negro, á quien ya hemos columbrado en dos ocasiones distintas. Fijó en él su penetrante mirada, bien resuelto á vigilar todas sus acciones, y no debió ser vana tal observación, pues apenas el ruin personaje se hubo alejado algun tanto de la concurrencia, dirigióse el rey á Juan Diente y le dijo:

—No bien aquel hombre pequenuelo que baja en dirección de la puerta, llegue á sitio solitario para evitar tumulto, haz que le prendan y pongan á buen recaudo hasta que yo providencie se le sujete á cuestión de tormento.

—¿A aquel tan ruinejo y enteco? señor.

—Sí; él ha sido el único que ha pasado de largo por delante del cubo mirando de reojo con afectada indiferencia, y á mas de esto, somos conocidos antiguos y sé que en él estarán muy bien empleadas unas cuantas vueltas de cuerda.

Los dos ballesteros fueron á cumplir su cometido, y don Pedro, acompañado del capitán, entró en el alcázar por la misma puerta secreta que habia salido, dirigiéndose al aposento donde yacía el doliente Ramirez cuando supo se hallaba despejado, merced á un cordial propinado por Josef, y en disposición de contestar á sus preguntas.

Como desde luego se propuso no molestar al enfermo sino lo puramente necesario, mucho mas estando éste prevenido de su visita, suprimió todo exordio y entró desde luego en materia, diciéndole:

—Honrado peregrino ¿sospechais quién sea el autor de vuestro mal?

—Señor, por mas que fatigo mi entendimiento no encuentro nadie á quien poder atribuir la causa de tanto daño.

—Pues decidme quién sois, de dónde venís, adónde vais, y veremos si yo puedo ilustrar vuestra inteligencia.

Entonces Ivan hizo una relación minuciosa de los principales acontecimientos de su vida, antes de acabar la cual le interrumpió don Pedro preguntándole:

—Si su tío no hubiese nombrado heredero á vuestro hijo ¿á quién correspondia la hacienda, como deudo mas cercano?

—Indudablemente á Gracian, tambien sobrino é hijo de hermano.

—¿El mismo á quien en la noche del incendio y saqueo de Aguilar confiásteis el niño, y de quien no habeis vuelto á tener noticia?

—El mismo, señor.

—¡Por Santa Gadea bendita, exclamó don Pedro dando una fuerte patada en el suelo, que ya hemos descubierto al criminal! ningun otro puede estar interesado en haceros desaparecer; solo falta haberle á la mano. ¿Y vuestra mujer sospechais que pueda tener alguna inteligencia con ese malsin?

—¡Ah señor! uno de los mayores tormentos que me agobian es pensar el sentimiento que ha de oprimir su corazón al saber mis desventuras.

—Ya trataremos de poner en claro si esta buena dueña podrá haber tenido parte en ella, á pesar de vuestra confianza. Por ahora reposad, y Dios os guarde.



## IV.

A la salida del arrabal llamado de Madrid por la puerta de Vallecas, sita donde se formó después la plazuela del Matute, se alzaba en la época de nuestra verídica historia, un bodegon ó hostería, punto de cita de la gente desalmada que había poblado de cruces los vericueños, trochas y desfiladeros que componían el territorio de la parte Este y Sur de la población. Los estensos viñedos, espesos olivares y silvestres matorrales dilatados por la comarca, eran muy á propósito para encubrir toda clase de desafueros, así es que en balde el rey don Alfonso XI trató de contenerlos dando nuevo rumbo á la gobernación de la villa, pues los malos hechos seguían en período ascendente, gracias á las revueltas y poca seguridad de los tiempos.

En las primeras horas de una noche del año 1363, lluviosa y fría por extremo, se hallaban reunidos en la cuadra principal del bodegon que dejamos citado, cuatro alegres bebedores alrededor de una mesa sobre la que se alzaba cierta enorme escudilla reservada por el hostalero solamente para tales parroquianos á causa de sus buenas condiciones. Estos por su parte procuraban agradecer la distinción que de ellos hacía embaulando el sabroso jigote en ella contenido con un apetito envidiable, espoleado por el estimulante vinillo de Fuencarral que de un panzudo jarro trasegaban al cubilete de estaño, el cual revertiéndose de puro lleno, circulaba de mano en mano con rotación mas incesante que arcadúz de noria.

El aspecto ordinario de tres de los compañeros no merece fijar nuestra atención, solo haremos advertir que el uno de ellos carecía de las dos orejas, castigo sin duda impuesto en pena de sus fechorías por algun alcalde poco sufrido; mas en el cuarto se notaban rasgos tan característicos que no podemos dispensarnos de dar á nuestros lectores una ligera descripción de su persona.

Era como de veinte y ocho años de edad, blanco, de larga cabellera rubia, ojos azules y espresivos, cuerpo gentil, aunque no de mucha talla, y dotado de cierto aire de majestad que subyugaba sin resistencia al que con él se relacionaba. Parecía ser uno de aquellos soldados aventureros siempre prontos á servir al que mejor les pagaba ó á dedicarse al merodeo por su cuenta cuando no encontraban bandera fija. Iba defendido con un capote de hierro sin visera, peto y espaldas, y al cinto llevaba una larga espada de gaviñanes y daga de regulares dimensiones; por último, calzas enteras de ante y zapatos de cordobán completaban su atavío.

En aquella sazón dirigía la palabra, en la que se notaba algun ceceo, al Desorejado, el mas expansivo de los comensales, preguntándole:

—¿Con que dices que el don Gracian, á quien esperais esta noche, es aquel vestiglo, cara de baqueta, que hemos visto aquí en otras ocasiones sentado en un rincón oscuro y siempre huyendo de la buena compañía?

—Ese, ese es, contestó su interlocutor riendo á grandes careajadas como si hubiese oído la ocurrencia mas graciosa del mundo, una especie de clérigo que estudiaba con los canónigos de Sevilla, y aun creo que recibió las primeras órdenes sagradas, el mismo que robó al muchacho y le tiene

oculto en un pueblo de Sierra-Morena; á ese esperamos y á Chupatinta, que fué....

—Cuidado con lo que dices, le interrumpió otro de los malandrines; mal haya el hombre á quien unos cuantos tragos le ponen en disposición de ser mas hablador que una vieja de las ballucas (1); en mi conciencia que hubieras ganado mucho si al cortarte las orejas el verdugo de Avila hubiera hecho con tu lengua la misma operación.

—¡Voto al infierno! gritó el Desorejado dando un fuerte puñetazo en la mesa y montado en cólera al oír recordar su falta, que tan dispuesto me hallo á franquear mi pecho á un honrado escudero como á abrir el vientre á cualquier follon que me ofenda con sus palabras; soldado he sido, y cuando encuentro un buen camarada no quiero andar en misterios con él; si buenas doblas nos dá el señor Gracian, buen servicio le hemos prestado; con que ceptos quedos y punto en boca, antes que todo lo eche á doce, aunque no se venda, y no digo mas.

—Señores hidalgos, dijo el soldado mediando en la contienda, no se altere la paz por tan poca cosa; mis preguntas solo tenían por objeto conocer las personas con quienes he de tratar en adelante, si hemos de ser leales compañeros, por lo demás guardad vuestros secretos, si os conviene, que harto tiene un hombre que hacer con sus propios negocios sin mezclarse en los ajenos.

—¡Bien dicho, valiente amigo! contestó el Desorejado poniéndole familiarmente la mano en el hombro; quiero satisfacer tu curiosidad solo por ver si hay algun bellaco que trate de impedirlo. Pues como iba diciendo, Chupatinta es un bicho pequenuelo á quien tambien has encontrado aquí algunas veces.

—Ya recuerdo, repuso el jóven llenando el cubilete, que describió su giro acostumbrado; siempre que le veia vestido con su ropilla y capa negra me se representaba un escarabajo de campo.

—¡Vitor al soldado! exclamó el bandido atronando el aposento con su risa estúpida. ¡Oh, hi de cabra, y que astucia y gracejo tiene! ¡Cómo cuadra la comparanza con la figura del secretario! Por su antigua profesion é ir siempre de negro le hemos aplicado el apodo que lleva. Porque has de saber que en su juventud fué notario en la chancillería, pero habiendo reclamado las Cortes de Valladolid en 1351 contra los escribanos que no fuesen pertenecientes para el oficio, y siendo él mas aficionado á tirar los dados que á encorvarse sobre los cartapacios, buscó fortuna en compañía de los hombres que padecen persecucion por la justicia, sin que hasta ahora haya tenido motivo de arrepentirse ni tachar á la profesion de poco productiva; verdad es que no hay otro tan cortado para combinar un golpe de mano. El fué quien vino en observacion del peregrino desde Andalucía, avisándonos su llegada á las inmediaciones de Madrid; en fin, es el alma y consejero de Gracian.

—¿Y la esposa de Ramirez supongo estará de acuerdo con vuestro jefe? preguntó el escudero.

—Todo lo contrario; apenas se convenció de que eran inútiles sus diligencias para averiguar el paradero de su esposo é hijo, se retiró á una de las celdas fuera de clausura del convento de Santo Domingo el Real, donde firme

(1) Así se llamaban las tabernillas de los alrededores de Madrid donde se reunia la canalla y gente ociosa.



como una roca resiste las instancias de su sobrino, que en vano trata de persuadirla que el muchacho y su padre murieron en Aguilar, á fin de que le dé palabra y mano, para de este modo posesionarse de los bienes de que el niño es heredero.

Aquí llegaban de su coloquio cuando abriéndose la puerta de la cuadra asomó la cabeza un pilluelo desarrapado y gritó con voz aguda:

—¿Está el señor Chupatinta?

—No, pero tiene que venir, contestó uno de los bandidos. ¿Qué le querías?

—Traigo una carta para él del señor Gracian, añadió el chicuelo.

—Pues déjala, que aquí se la daremos, repuso el Desorejado.

Y tomando el pergamino enrollado, sujeto con seda y sellado, comenzó á darle vueltas entre sus manos con aire despreciativo.

—Siempre he tenido horror, continuó, á estos pedazos de piel cubiertos de patas de mosca, que quizá llevan consigo la perdición de un cristiano sin que éste pueda evitarla por no acertar á comprender su mudo y traidor lenguaje. Dos años remaría yo en poder de infieles por saber lo que dice esta maldita carta.

—¿Y qué te importa, replicó otro de los bandoleros que aun no había tomado la palabra, lo que el señor Gracian puede escribir á su confidente?

—¡Por los cuernos del diablo! pues qué gese mal engendro es mas digno que nosotros de saber las intenciones del señor Gracian? ¿Si los oidores de la casa y corte de su alteza toman conocimiento del negocio en que estamos empeñados, nos darán por ventura alguna ayuda de costa y ellos dos solos pagarán por todos?

—Si no hubiera mas inconveniente que la dificultad de descifrar esa carta, pronto verías tus deseos cumplidos, repuso el joven soldado, porque has de saber que yo aprendí á leer, y aun algo de escribir, en el monasterio de monjes benitos inmediato á mi pueblo, y estoy dispuesto á complacerte; pero abrir un pliego sellado puede ser lance serio.

—¡Habláras para mañana! exclamó el bandido rompiendo el sello de cera, en mi vida pequé de escrupuloso. Atiza ese candil, muchacho, que este valiente escudero va á hacernos saber el contenido de este mensaje que en la mano tengo.

Toda la compañía aplaudió esta determinacion, y colocando el pergamino estendido delante del mancebo, puestos de codos sobre la mesa, con la cabeza apoyada entre las manos, la vista fija en el lector, se dispusieron los tres malandrines á oír la misiva con una atencion tan recogida cual si fuesen á presenciar una evocacion mágica. Tal era el asombro que causaba en aquellos tiempos ver á un hombre adornado de conocimientos tan peregrinos.

El joven recorrió ligeramete la epístola y se enteró de su contenido que era el siguiente:

«Ha sido una desgracia que no hayais recogido del cuerpo de Ramirez alguna prenda que me pudiera servir de comprobante de su fallecimiento para con su esposa. Como estoy dispuesto á terminar este asunto, voy á visitarla al anochecer, única hora á propósito para verla despues de terminados los rezos de la tarde; la enteraré del mal suceso

de su marido y de que su hijo existe en mi poder, amenazándola con la muerte de éste si no accede á mi proyecto de matrimonio.

»Aunque sea tarde yo acudiré al bodegon á repartir la paga ofrecida y acordar lo conveniente.»

No había fecha ni firma por un exceso de precaucion.

Despues de leida la carta para sí el soldado la leyó á los salteadores letra por letra, pues no tenia interés en hacer lo contrario, y levantándose de seguida y cubriéndose con el embozo les dió las buenas noches pretestando un quehacer urgente dentro de la villa para aquellas horas, mientras ellos quedaban esperando á Gracian y su secretario, y saliendo de la hostería entróse en Madrid por la inmediata puerta de Vallecas, ya cerrada á la sazón por lo avanzado de la hora, pero que le fué abierta por el guarda del concejo, merced á la contraseña de que iba provisto.

Apenas se vió lejos de la compañía de los salteadores, apresuró el paso en direccion al camino ó calle del Sol (hoy Carrera de San Gerónimo) y dejando á la derecha la entrada de aquel nombre, sita donde ahora la embocadura de la calle de Preciados, fué á enderezar su rumbo por el Arenal de San Ginés; pero sin duda por no atravesar los fangosos lodazales de aquel sitio y las barrancadas y cerros de los Canos del Peral, que se estendian mas adelante, cambió de ruta siguiendo hácia el Postigo de San Martín y monasterio del mismo nombre, continuando hasta la puerta de Santo Domingo, que se abria al Norte y como al frente de la futura calle Ancha de San Bernardo. Desde allí se encaminaba en derechura hácia la huerta de la Priora (en la actualidad Plaza de Oriente), cuando al cruzar con rapidéz por delante del pórtico lateral del convento fundado por el ilustre patriarca de la familia de Guzman, un embozado que salia violentamente vino á tropezar con el con tan fuerte impulso que solo á costa de algunos traspieses pudo conseguir no venir á tierra. Amostazado el escudero, sin detenerse apenas á enderezar el capacet trastornado en su cabeza con el choque, se dirigió airado al desconocido con el fin de pedirle cuenta de tal desmán, y su cólera subió de punto cuando al reflejo del moribundo farolillo que alumbraba un retablo de Nuestra Señora de la Soledad colocado á la puerta del templo, reconoció al fementido Gracian que salia de aquella santa casa no muy bien humorado á consecuencia de la repulsa dada á sus pretensiones por la esposa de Ramirez, dispuesta á arrostrar todas las consecuencias de su negativa.

—Parad mientes como vais, le dijo el soldado en tono descompuesto, pues no es razon que un hombre bueno se vea obligado á tropezar con tan villana persona, y será fácil si no poneis coto á semejante torpeza, vengan á concluir en un punto vuestra vida y malas artes.

Nunca fué tampoco la mansedumbre virtud dominante en el traidor pariente, así que oyéndose apostrofar en términos tan ágrios, se fué hácia su contrario el brazo levantado con intento de azotarle el rostro. Pero el mozo, que no era lerdo, dió dos pasos atrás y revolviendo la capa en el siniestro brazo, salió á encontrar al atrevido, espada en mano, con tan resuelto ademán, que anduvo éste apurado para ponerse en defensa, conociendo mal su grado, lo serio del lance en que se había metido.

No duró mucho la contienda, pues á las dos idas y veni-



das cayó Gracian mortalmente herido exclamando al dar su último aliento:

—¡Oh buen Jesus, perdonadme, Señor! (1)

—Dios tenga misericordia de tí, pronunció su contrario descubriendo la cabeza, yo te prometo fundar un aniversario por el descanso eterno de tu alma.

Y envainando su acero y acomodándose la capa sobre los hombros, fuese á entrar por una pequeña puerta del alcázar que le fué abierta apenas se dió á conocer.

Todas las armas se bajaban á su paso; todos los servidores de palacio, nobles ó plebeyos, se humillaban en su presencia. Por estas demostraciones conocerá el lector, si no lo ha sospechado antes, que el soldado á quien hemos visto razonando amigablemente con personas de tan mala condicion, era don Pedro de Castilla.

El capitán de ballesteros acudió á recibir las órdenes del rey.

—Inmediatamente, le mandó, acompañado de veinte hombres de armas vé á la hostería de la puerta de Vallecas, y allí reducirás á prision á tres bandidos que esperan á Gracian, el pariente de Ramirez. Mañana á la misma hora en que se verificó el crimen contra éste, serán ahorcados frente al cubo de la Almudena en compañía del malandrín vestido de negro que fué preso ayer tarde.

De paso recogerás el cadáver de un hombre que yace tendido frente á la iglesia de Santo Domingo, y dispondrás se le dé sepultura.

La voluntad del monarca se ejecutó puntualmente.

Al otro día la muchedumbre, aun no bien enterada del delito, presencié el escarmiento.

Desde entonces el bodegon donde asistía don Pedro encubierto llevado de su inclinación á consultar por sí mismo la opinión pública, disfrutó el privilegio de autorizar el dintel de su puerta con una cadena, distintivo de haber entrado por ella un soberano, por cuya razón se le empezó á denominar con el nombre de *Bodegon de la Cadena*. Así continuó hasta que dicho símbolo cayó en desuso á consecuencia de nuestras reformas políticas. En el día existe aun señalado con el número 35 en la calle del Leon, de la que entró á formar parte cuando las sucesivas ampliaciones de Madrid hicieron derribar la cerca á cuya inmediación estaba.

Ramirez, felizmente curado de su herida, se reunió á su esposa é hijo, descubierto el paraje donde éste yacía secuestrado, por las declaraciones de los salteadores. Cuando los auxiliares del bastardo fratricida don Enrique, vinieron á combatir la villa con fuerzas muy superiores, contribuyó Ivan en compañía de los varones mas ilustres de ella, á la memorable defensa que opuso la población al usurpador, en castigo de la cual fué privada de la mayor parte de su término, y murió en el alcázar por la causa del legítimo soberano. El jóven Ramirez, siempre fiel á las banderas de don Pedro, ya á las órdenes de don Fernando de Castro, ya á las del duque de Lancaster, yerno de aquel príncipe, llegó á ser uno de los magnates de Castilla al subir al trono doña Catalina, nieta del rey justiciero.

DIONISIO CHAULIÉ.

(1) Hace algunos años se leían estas palabras grabadas en piedra en un ángulo entrante que formaba la fachada occidental del convento. Posteriormente se construyó una casa pequeña en este sitio, y dos losas donde estaban esculpidas se trasladaron á la porteria del monasterio y al portal del nuevo edificio. En la actualidad ni aun este recuerdo existe.

SEGUNDA SERIE.—1864.

## DE LA NOBLEZA Y LAS SUBLIMES DOTES

DEL BELLO SEXO.

Escritores muy eminentes han entretejido guirnalda de laurel y mirto á las mujeres, y han demostrado con selecta erudición, engalanada de todas las flores de la elocuencia, la nobleza del bello sexo, colocando en primer término á una multitud de mujeres, que han sobresalido por sus virtudes sociales, por su literatura y hasta por su valor. Un ilustre italiano, llamado Boccaccio, fué uno de los primeros, entre los sábios de la edad media, que dió realce al bello sexo con su elegante pluma; otro escritor alemán, llamado Cornelio Agripa, á quien sus contemporáneos calificaron de hechicero, porque su elevado ingenio y sus conocimientos profundos le distinguían de todos los demás, escribió en el siglo XV una disertación peregrina y curiosa sobre la nobleza del bello sexo, colocándole en un puesto muy preferente al del hombre; en el siglo pasado un escritor francés, muy célebre, llamado Thomás, escribió también sobre el espíritu de las mujeres, y en nuestra época el bello sexo ha suministrado materia de trabajos eruditos y curiosos á una multitud de escritores, cuyos nombres dejamos de apuntar por amor de la brevedad. Nosotros, pues, aprovechándonos de todas las ideas, que han emitido sobre el particular tantos sábios preclaros, y añadiendo algo de nuestro propio fondo, vamos á tratar este mismo tema.

Todas las criaturas humanas, sin distinción de sexo, tienen un alma racional y formas corpóreas, cuyo conjunto no se diferencia por su naturaleza. Es, pues, un absurdo suponer que el bello sexo esté colocado en un puesto inferior al del hombre. Muchos escritores, sin embargo, creen que este último es esencialmente mas noble por haber sido creado primero por la Divinidad: aserto fútil, infundado y hasta ridículo, porque sabemos que muchos brutos aparecieron en la tierra antes que el hombre, y sin embargo no ha ocurrido á nadie hasta ahora sostener que haya bestias irracionales, que venzan por su nobleza á la humana estirpe. El hombre se distingue por su fuerza, por sus facciones viriles, por la facilidad con que emprende trabajos áridos y espinosos; pero no se distingue por aquella belleza encantadora, por aquella delicadeza de afectos, por aquellos sentimientos de piedad, que son dotes inseparables del bello sexo. ¿No es un error lógico, por lo demás, suponer que el hombre sea un ser mucho mas perfecto que la mujer, á quien debe principalmente su existencia? Si así fuese, nos veríamos obligados á convenir en que hay efectos mas nobles y apreciables que sus causas, lo que tiene visos de inconsecuencia y absurdo.

Los vicios de que adolecen algunas mujeres han dado pábulo á la maledicencia de los hombres descontentadizos ó poco discretos, que han descargado las flechas emponzoñadas de una sátira amarga contra el bello sexo; pero estos insignes varones ¿por qué blasfeman contra las mujeres, que con mucha frecuencia se separan del buen camino por la malignidad de los hombres, que ponen en juego los artificios de la mas vil seducción para que una mujer dé oído á sus insinuaciones, consejos ó deseos perversos? No exclamemos, pues, contra el bello sexo y sus desórdenes sin examinar primero á nosotros mismos, que somos muy á menudo la causa de sus

AÑO XXII. 2